

DOMÍNGUEZ REY, Antonio. *Palabra Respirada: hermenéutica de lectura*. Madrid: coedición Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2008. 358 páginas.

La presente obra explica ampliamente la hermenéutica de lectura desde un enfoque lingüístico, gnoseológico y onto-poético que enfatiza la apropiación comprensiva del texto y su interpretación. Se analizan y se contrastan múltiples planteamientos muy valiosos acerca del fondo poético y las relaciones de la estructuración gnoseológica del lenguaje y los principios básicos de la ciencia que han permeado la evolución cultural de la lectura. En esta disertación, Domínguez parte de los momentos determinantes del pensamiento lingüístico, filosófico, semiótico y literario.

La obra está conformada por una introducción y veintidós capítulos, entre ellos: Horizonte metodológico, Danza dramática, Masculino/Femenino: F.D.E. Schieiermacher, La elucidación, El estallido de la voz, Gramática pictórica: Platón, Proceso fenomenológico: Roman Ingarden, Proceso Semiótico: Charles S. Peirce, Presupuesto ontológico, Gramática Poética, Plusvalía Ontopoética, Lectura infinita, Exotismo de lectura, y cierra con la Hiperlectura.

Se plantea que al leer se respiran las palabras de quien escribió, puesto que se penetra en su mismo mundo, el cual ya viene leído desde su modo de entenderlo, interpretarlo y escribirlo en un idioma entendible también para el lector. Se alude a «respirar las palabras» en el sentido de que el aire que absorbemos y los órganos fisiológicos que lo articulan cuando hablamos –boca, nariz, tráquea, pulmones, etc.– son el cimiento del lenguaje verbal y de la alimentación; ambos generan la vida orgánica e intelectual; cuerpo y mente están

inmersos en la respiración articulada. El movimiento del cuerpo y de la vida se asocia con el de la palabra en el medio, frente al hombre y al resto de la naturaleza. Esto significa que entre cuerpo, mente y naturaleza hay una mediación del lenguaje; entonces, ahí tiene asidero la comprensión intelectual de lo hablado y lo escrito; es decir, la hermenéutica o técnica interpretativa de textos. Domínguez enfatiza en que «Al igual que respirar, leer comporta aire nuevo, una buena lectura ensaya la respiración que le pertenece al texto: su tono, es un modo de vida; palabra respirada y abierta al mundo».

La escritura ha contribuido al progreso de los pueblos y, en general, de la humanidad; según Wilhelm von Humboldt, ocurre como una extensión intelectual del habla, es la base de la gramática, del *gramma* plasmado en una superficie, pero también en la conciencia. En la escritura está el «rastreo de la voz, la voz grafiada, esculpida»; esta expresión es una metonimia de escritura, o cambio de nominación por su relación con el habla.

Al interpretar un texto escrito se penetra en una representación hablada donde se infiere y se aclara el sentido del hombre y del mundo; dado que el texto es el reflejo de la vida, del ser humano y de las distintas dimensiones de su entorno. Esa representación hablada apareció inicialmente en los libros sagrados, luego en los de otro tipo y actualmente en la computadora, o elemento técnico que muestra el lenguaje de manera mucho más icónica, pues la onda sonora del habla queda inmersa en la fotónica y cuántica, y allí el lenguaje sigue vivo, dispuesto para diversos procesos de percepción, comprensión e interpretación. Los fundamentos del lenguaje, el fono y el grafo, son los mismos y siguen vigentes en este otro «libro».

En los principios interpretativos de la lectura convergen también los gnoseológi-

cos del conocimiento, los presupuestos lingüísticos y, por ende, expresivos. El principio gnoseológico se concreta cuando en el acto de lectura se incursiona en el proceso propio de la ciencia a través de los siguientes procedimientos: observación y selección de datos, equivalencia de signos, agrupación y división de relaciones, formulación de hipótesis de sentido, interpretación y verificación rigurosa.

Las teorías de lectura están relacionadas con las del conocimiento, lo cual concuerda con la previsión «fenomenológica de un horizonte global de sentido», por cuanto se tiene en cuenta el análisis, la comprensión de las partes, para entender el todo, al igual que en la teoría del conocimiento y en la hermenéutica de la lectura, pero sin desconocer que cada elemento significa en virtud del todo que lo envuelve; por consiguiente, integrar los datos experimentados en un universo de sentido es propio del conocimiento. En todo texto hay un intratexto común de comprensión y lectura: elementos sintácticos, léxicos y semánticos. Este postulado es relevante, por cuanto es necesario tener algún dominio lingüístico-discursivo para comprender e interpretar cualquier texto.

La facultad del lenguaje y la del conocimiento, propias del ser humano, son gnoseológicas, y la lectura, por su parte, reconstruye y proyecta las actividades mentales y corporales que el conocimiento comporta. Es decir, en la lectura confluyen el cuerpo y la mente como dos elementos inmersos en el proceso del conocer. «Los fundamentos de la lectura tienen que ver con donar sentido a las cosas, al nombre, lo que implica su comprensión, el concepto, y desarrolla su expresión, hablada y escrita, el fono, el grafo, al que se acompaña, la imagen y el icono». Explicando lo anterior, en el proceso de lectura construimos el sentido de todo lo que atañe al

mundo y al ser humano, a todo lo que está nombrado a través de una graffa y un sonido, de un significante, de una imagen verbal; por tal razón, al leer recuperamos la voz del autor del texto.

Los fundamentos de la gnoseología son los mismos de la hermenéutica, dado que el avance de la ciencia es el resultado de la lectura interpretativa de la realidad, registrada en el texto escrito; de donde se deduce, que la escritura es el complemento indispensable del habla en la investigación científica, toda vez que los procesos inamovibles para llevar a cabo cualquier proyecto investigativo son, entre otros, la lectura y la escritura. Se inicia con la observación, pero observar no equivale solamente a percibir con los ojos, sino a registrar lo visto en un papel, u ordenador, mediante la escritura. En el proceso investigativo la palabra se convierte en nuestros ojos y el papel, o la pantalla, es el testigo de nuestras impresiones. Las observaciones que se hacen en una investigación son reconstrucciones, o re-creaciones del mundo visual, que se plasman en los textos. La palabra escrita tiene el poder de vencer el tiempo. Las palabras son las figuras con las que contamos para aprehender la realidad, apropiarnos de ella, para luego crearla de nuevo.

Otro aspecto gnoseológico que interviene en la lectura atañe a la acción poética que está presente en el proceso de comprensión e interpretación de un texto. La comprensión se da al convertir un signo gráfico al fónico o hacer brotar la voz que contiene el signo, lo cual nos sitúa en la significación –relación significante, concepto–. Entonces, la lectura ocurre en el signo del signo y esto no se dará sin el contacto con el factor *lect* que el hablante realiza al escribir, pues se lee escribiendo, y escribir es también leer. Partiendo del enlace: significante fonético y concepto,

y la naturaleza común de cuerpo y mente en la respiración, se considera al lenguaje y, desde luego, a la lectura, como metonimia o transnominación incesante de un proceso gnoseológico, o transcurso del nombre en el que siempre está el acto de nombrar absolutamente todo. La lingüística tiene un fundamento hermenéutico y esto prefigura una constitución trópica del lenguaje mismo, donde hace presencia el fondo poético del conocimiento. Este fondo explica también el eco gnoseológico de la ciencia y así se recobra el enlace ontológico de la vida con el mundo; es decir, del hombre con la naturaleza.

La lingüística guarda relación estrecha con las estructuras del pensamiento y de la expresión; la poesía, por su parte, se muestra como actividad especial del componente gnoseológico y comporta, a su vez, el conocimiento de otras ciencias con las que se relaciona, también tiene importancia científica; por tanto, no podemos seguir haciendo la división categórica entre ciencias humanas y ciencias exactas, pues la ciencia debe mirarse con un criterio humanista, ya que la estructura del lenguaje afecta a todo el presupuesto cognitivo del planteamiento científico.

Se reitera que el proceso de lectura evoluciona a la par con el método de investigación científica y según las tecnologías modernas de impresión y radiotransmisión icónica, puesto que la interacción y transacción entre fono, grafo e ícono es continua y expone un modo particular de percepción y comprensión del mundo; el más relevante actualmente es el derivado de la teoría cuántica del universo que implica otra del conocimiento y tiene que ver también con la constitución del lenguaje; así «El lenguaje es creación cognoscitiva o conocimiento creador», aunque actualmente se le ha dado un tinte utilitario mediante la digitalización, pues

lamentablemente, se altera su esencia creativa.

La lectura comporta también una base lingüística, está imbuida en su proceso de significancia, pero al asumir factores de carácter intelectual, fonéticos e icónicos, recoge los precedentes del ritmo, de la forma gramatical, de la constitución orgánica del pensamiento y la función lógica de la articulación. Por ello, hace parte de los procesos semiótico y fenomenológico, que brotan del fondo poético del lenguaje. Detrás de la teoría de la lectura hay un presupuesto, explícito o implícito, de teoría del lenguaje, dada la intersubjetividad que lo constituye, pues la figura del lector deriva del receptor siempre supuesto en todo acto de lengua.

La raíz primigenia del lenguaje, a la que toda lectura recurre, no es la mirada presente, sino una voz ausente, la de una cara oculta ya actuante, como voz de *otro*, en el sonido del mundo colado a través del cuerpo. Las operaciones de implicación semiótica y hermenéutica entre la mirada y la audición reenvían a un significante previo. El niño identifica la voz que el cuerpo de la madre le transmitía en el útero y que le envía ahora tocándolo, pronunciando monosílabos, emisiones fónicas espontáneas, etc. Esto se da porque existe un significante anterior de resonancias intrauterinas inducidas por los ruidos del vientre y los filtros sonoros que vienen de fuera a través de la columna vertebral y el cuerpo. El sonido así reflejado ya es un *a priori* de fondo para la recepción externa del sonido posterior. Por tal razón, no hay signo ni grado cero del lenguaje porque la ausencia sobre la que se establece toda escritura y, con ella, la lectura, es una presencia latente que se irradia y repercute en toda forma como fondo vibratorio de la vida en formación.

Los niveles del lenguaje son medios de integración interpretativa del hombre en el

mundo, accedemos de esta manera a la forma de la constitución objetiva (enunciación, sintaxis, léxico, semántica, morfemas, etc.). Ingarden previó una competencia lingüista en el proceso lector antes que Chomsky: palabras y frases se determinan mutuamente y la ejecución de unas nos capacitan para pensar las siguientes; cada unidad abre un campo de correlación o se mueve en él, a esto coadyuva la retención todavía viva de la resonancia tanto del sonido como del sentido de las unidades que antecedían.

Con la lectura se accede al nivel hermenéutico del lenguaje y a otra vertiente de la literatura; es decir, a su fondo onto-poético. El *a priori correlativo del lenguaje* descubre en la intersubjetividad que lo funda un punto singular de comprensión; hay una textualidad previa común que correspondería a una parte del plasma o contexto onto-poético.

En el proceso lector se vive el fundamento creativo del lenguaje como algo propio e intransferible, inducido por una serie de instancias contempladas en el texto. Esa singularidad activa la creación del receptor capaz de escribir otro texto con una estructuración totalmente distinta; el instante creativo es siempre singular tanto en la escritura de un texto como en su lectura; esto significa que el pensamiento creativo subyace en la escritura y en la lectura. Ahora bien, la singularidad coincide con el proceso gnoseológico, pues comienza en él, pero también lo excede, por cuanto este estímulo hace que la persona anhele saber más y más; la lectura parte de esta singularidad en estado latente, pero ya actúa en el impulso de leer; sin esta voluntad inicial, aunque se trate de una lectura impuesta, no hay lectura posible. La singularidad funciona como una llamada implícita que convierte el acto de leer en explicitación suya; este es su *a priori*. Podría decirse, entonces, que el *a priori*

de la lectura es el impulso que siente el hombre para leer.

Domínguez indica que se alude a la hermenéutica de lectura cuando el proceso contempla la organización de la frase, la inducción, deducción o abducción de inferencias; se incorpora la parte, la palabra, en el todo –sintagma, oración– que le da sentido, ya sea del valor semántico de las expresiones complejas de sus partes o del encaje de las palabras en los patrones biológicos de la mente, pues la palabra ya es también un modelo correlativo de sus formantes cuando el resultado de la lectura envía a un autocontrol permanente de lo procesado. En mi concepto, al leer también es necesario tomar conciencia de la manera cómo se está comprendiendo el texto, con el fin de verificar si se está haciendo de manera adecuada o no; esta acción está relacionada con la metacognición, definida por Juan A. García Madruga (2006) como «conocimiento de uno mismo respecto de sus procesos cognitivos y sus productos o cualquier cosa relacionada con ellos (...), se refiere al control activo y a la consecuente regulación de estos procesos en relación con los objetos de conocimiento a los que se refieren».

La búsqueda de la información, la formulación de hipótesis y de preguntas, la selección de partes, el esbozo de ideas y otros factores del proceso natural del lenguaje son instancias anteriores del estudio hermenéutico. Aquí encontramos el *a priori* correlativo de la mente, pues una vez más se corrobora que «la forma interna del lenguaje es la misma del pensamiento». La estructura gramatical previa a las formas léxicas, deriva por expansión del *a priori* correlativo que subyace en la formación del nombre, «el nombre es la primera metáfora del pensamiento»; es decir, «la mente es literaria».

Ahora bien, el acto lector pone a funcionar, agrupados, todos los aspectos culturales, cognoscitivos y apreciativos del hombre; por eso se puede señalar que «la lectura es una metáfora de danza y drama musical». La danza aquí tiene que ver con el elemento tonal implicado en la acción corpórea de leer en cuanto presencia de la voz. Esta danza tonal abarca la conexión de aspectos fónicos, fonológicos, morfosintácticos, semánticos, argumentativos y discursivos que el lector dinamiza. La lectura reinterpreta los niveles lingüísticos a partir de la expresión que le da el cuerpo; así, significante y significado cumplen funciones expresivas. El lector con su imaginación asocia como «lector in fábula», según Eco, una imagen a lo leído; esto confirma que toda lectura es más semiótica que lingüística y representa un concierto animado, puesto que intervienen varios elementos al mismo tiempo, o una danza mental de relaciones múltiples. La lectura hermenéutica consiste en recibir el movimiento de la voz ya oculta y en desentrañar sentido; es decir que previo al descubrimiento del sentido, el lector debe recuperar con su voz la voz del autor y compenetrarse plenamente con él. A propósito del sentido, al leer se originan diversas interpretaciones, surge un diálogo externo que consiste en preguntas sucesivas cuyas respuestas interrogan de nuevo, y otro interno que corresponde a la interpretación analógica e intertextual. Schleiermacher asegura que la interpretación es arte creador de la hermenéutica, entendida como crítica y búsqueda de sentido.

San Agustín habló del *volteo de palabras*, que en la lectura se refiere al acto de transformarlas para hender, escudriñar, hacer analogías, analizar, interrogar e interpretar el texto; en fin, el *volteo de palabras* se da para dotarlas de

más significado, extenderlas hacia un *a priori metonímico y correlativo del lenguaje*. Al respecto, Dilthey, Schleiermacher y Ortega y Gasset proponen un *lector creativo*, quien penetra en el texto, bucea, transpira, contacta, entiende y siente con él, para luego salir renovado. De acuerdo con este planteamiento, la lectura ya no puede ser cursiva, lineal y horizontal, sino crítica porque siempre quedará un resto inabarcable para comparar o unir al fragmento ya detectado. La lectura y la escritura permiten el acceso a lo infado, ciego e inaudito, se avanza en lo ignoto. La interpretación ya traspasa lo no-dicho en el discurso en cuanto a posibilidad dicente y diferida de sus términos y esquemas, logra la dimensión onto-poética del texto. Por consiguiente, no existe la «verdadera lectura», pues ninguna logra abarcar el sentido completo de la obra.

El conjunto de lo leído se convierte en materia prima y el lector le da forma inducida por ella, va más allá de lo que era y sabía. Este *plus* de la vivencia táctil recibe el nombre de *plusvalía onto-poética*. La lectura deja un rastro vibrante en el lector, y ahí sigue el texto. La escritura, por su parte, determina el paso del lenguaje oral al lógico; esta audición previa, ontológica, está relacionada con el ámbito onto-poético del texto. Hay una lectura anterior a lo escrito, en la oscuridad, que subyace y palpita en todo texto. El lector entiende más de lo que aparece explicitado, la *lectura* nunca se agota, es *infinita* porque el oír está inmerso en todo lo escrito, el tono lo capta por reflejo táctil de lo oído. La palabra ya entendida todavía contiene más mundo oído y por decir, lleva otra palabra a cuestas, no prevista por el código, pero que lo rehace, se calla si no se le interroga y vive del silencio: palabra latente que se aparece sólo si el código se fragmenta: «palabra respirada, única, inédita e inau-

dita como la que surge espontánea en lectura». La expresión realmente es una grieta en donde respira lo innominado y singular de todo nombre, se arquea y solidifica para encubrir el rumor inabarcable de la realidad. El proceso hermenéutico arranca de la determinación progresiva del gran agujero que el lenguaje implica en su calidad de acto de conciencia dirigida a un contexto. La lectura agranda ese contexto de tal suerte que su efecto continúa en el lector después de haber terminado de leer; por ello, la obra trasciende.

Tanto la lectura como la escritura rehacen el lenguaje del cual parten desde perspectivas alternativas –emisor y receptor–, pero estos dos se implican en uno y otro caso de modo inverso: el autor actúa como emisor que se «escucha» viéndose en ello y el lector lee como receptor escuchándose también ahí a través de la escritura de otro hablante. El autor agrega además a su acción escritural la figura de un lector posible alejado o implicado en su autolectura y, a su vez, el lector puede imaginarse él mismo como el autor de la obra, debido a esa compenetración con la mente del escritor que ha podido lograr. La distancia especulativa de autocomprensión y apropiación en escritura y en lectura es la dimensión gnoseológica del volteo de palabras. Al rehacer lo ya hecho, al penetrar en la obra a través de la lectura hay una apropiación del texto. La lectura es un acto que dinamiza y presenta el *flujo* vital: muestra recordando y se proyecta en *imaginaciones* que se devuelven sobre el contenido de las vivencias ya registradas dotándolas de nuevas posibilidades de sentido. Así, el lector se convierte en cocreador de la obra, se pasa de la objetividad perceptiva al fluir del conocimiento, retenido éste en nuevas formas que envuelven los objetos primarios de la representación, los remueve con la imaginación para cubrir los agujeros del lenguaje.

Según Lévinas, la forma trasciende en un *exotismo* que la invierte más allá de su representación. El exotismo abre la puerta de la imaginación creadora del lector, quien pone la obra (literaria) en escena y la hace hablar, este es uno de los propósitos de la interpretación. El ser uno mismo su propia obra, siempre más allá de donde finaliza, es la gran herencia de la lectura creadora, crítica y lúcida; toda vez que la obra está recubierta de opacidades. La lectura creadora también es crítica y hace hablar al texto en donde él aparentemente no dice nada.

Antonio Domínguez cierra su disertación señalando que la *hiperlectura* trata de imponerse hoy como algo diferente y novedoso, pero eso no es así, como quiera que en ella se ve nuevamente la relación hermenéutica entre el todo y las partes, la parte y el todo: la retroproyección entre claves y referencias; la forma formante sigue dependiendo del *clic* táctil y del punto o punzón óptico de la flecha indicadora, lo mismo que el hipervínculo fónico, nodal, todavía depende de la articulación discreta del fonema. Otro asunto son los recubrimientos perceptivos que se superponen como formas en formación, y este «salto cualitativo» es el *a priori* de la correlación cuántica, el subfondo de la cibernética; pero el punto del *clic* actualiza la *huella* que el presente contiene como ahora, y se renueva la cadena de la *grieta* y *puentes* intermedios de búsqueda y creación de subsuelo. El hipertexto ratifica el vínculo semiótico y fenomenológico de lectura, dado que el lenguaje comporta múltiples formas: verbal, icónica, gestual, sonora. Domínguez advierte que no hay ningún «salto cualitativo» en la lectura digitalizada.

Al comparar la obra de Antonio Domínguez con algunas que han pasado por mis manos encuentro lo siguiente: en-

tre *Introducción a la Hermenéutica del lenguaje*, de Carlos Castilla del Pino y *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*, se evidencian algunas diferencias; por ejemplo: Castilla concibe el lenguaje como «información y expresión del sujeto que habla» y no toma en cuenta elementos mucho más profundos que subyacen en él como los expuestos por Domínguez, entre otros: su fondo ontológico y poético, su fundamento hermenéutico y gnoseológico, su relación con el pensamiento y con el cuerpo –respiración, órganos fonarticulatorios y sentidos de la percepción: oído, ojo, tacto–. No obstante, coincide en indicar que la lingüística debe centrarse en la connotación; a mi modo de entender, se alude al *más allá* de la referencia, a esa multiplicidad de sentidos que genera cualquier palabra o proposición. Igualmente, aboga por la importancia de tomar en cuenta el contexto lingüístico en el que aparece una palabra y sugiere una gramática de los contextos, puesto que, según él, la gramática de la «Academia es escasamente útil».

Ahora bien, en la obra *La interpretación de los símbolos. Hermenéutica y lenguaje en la filosofía actual*, de Luis Garagalza, noto algunos aspectos muy similares a lo expuesto en *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*; a saber: al igual que Domínguez, Garagalza concibe una relación entre el lenguaje y la ciencia, dado que se puede observar en él un claro parentesco con la ciencia, con el *logos* puro y sus conceptos universales. Puesto que aunque la diferencia entre la *conceptuación lingüística* y la *conceptuación científica* resulta visible y muy importante, ello no significa que entre ellas no exista una cierta *continuidad*; evoca a Cassirer para ratificar que es el mismo *logos* que ya operaba desde el principio de la formación del lenguaje y le impulsaba; es decir,

esto correspondería a la presencia del *a priori* del lenguaje y del pensamiento en el ser humano desde antes de nacer.

Concuerda además en lo referido a la característica abierta del texto, al expresar que un mismo texto resiste una pluralidad de interpretaciones diferentes sin perder su identidad dinámica, la cual se puede presentar en distintas modulaciones, dado que la identidad, entendida como dialéctica, no es una continua afirmación de lo *mismo* en donde quede resuelta cualquier diferencia, sino que implica la afirmación de sí mismo en situaciones diferentes y hasta opuestas; enfatiza también la búsqueda del sentido global a partir del análisis de sus particularidades gramaticales: sentido de las palabras y de las proposiciones; pero le aclaro a Garagalza, que sin olvidar que cada elemento significa en virtud del todo que lo envuelve.

Por otra parte, Garagalza ve también el fondo ontológico del lenguaje y parafraseando a Gadamer dice que «ha penetrado hasta las entrañas del *ser* mismo cargado con un *significado ontológico* (...) *el ser acontece en el lenguaje* (...) *el ser que puede ser comprendido es lenguaje*». Señala que Gadamer salva a la hermenéutica del relativismo y el escepticismo al puntualizar que «el fenómeno hermenéutico devuelve aquí su propia universalidad a la constitución óptica de lo comprendido cuando determina ésta en su sentido universal como *lenguaje*, y cuando entiende su propia referencia a lo que es como *interpretación*».

Garagalza coincide con Domínguez cuando apunta que frente a la interpretación entitativa como Ser, que identifica apriorísticamente realidad y conocimiento (racionalidad), la hermenéutica ve lo real como un *texto* cuyo sentido no está «dado» ni inmediatamente «presente» en su mera materialidad externa, sino que de-

pende del modo de ser del que lo comprende. Este planteamiento, en mi concepto, alude al *más allá* de las palabras, éstas significan algo más de lo que refieren. Ahí está el agujero que debe ser cubierto por el lector en su proceso de interpretación, aunque no se logra totalmente, se necesita, según Domínguez, voluntad y disposición para inmiscuirse en la mente del escritor y compenetrarse con él; considero que es imperioso hermanarse con el autor, o situarse en el papel de coautor de la obra.

Garagalza advierte que la nueva actitud de la hermenéutica se centra en la interpretación como punto de arranque en donde quedan inmersos, correlativamente, los aspectos ontológicos y gnoseológicos; puesto que la interpretación, desde la visión hermenéutica, significa a la vez *modo de ser* y *modo de conocer*: lenguaje que articula a sujeto y objeto; es decir a hombre y mundo. Añade que la hermenéutica fusiona lo racional y lo irracional, lo objetivo y lo subjetivo; esto es, la hermenéutica asume una tarea conciliadora de las antítesis tradicionales y excluyentes. Esto me recuerda la afortunada posición de Domínguez, y de otros pensadores, al relacionar las ciencias denominadas exactas con las humanísticas: hermanar la poesía con la ciencia, la estructura del lenguaje con los esquemas del pensamiento científico, y la gramática con la poética. En mi criterio, esta nueva concepción hermenéutica reconoce que el ser humano está configurado a partir de dos dimensiones, la racional –la lógica, la razón– y la analógica o imaginaria –su faceta sensible, emotiva, afectiva, ficcional, mítica, creadora y poética–.

De otra parte, Tzvetan Todorov, en su obra *Simbolismo e interpretación*, se preocupa por el estudio de la lectura a partir del análisis de la interpretación del sentido y del símbolo; en sus disertaciones hallo

posiciones encontradas; por ejemplo: Todorov expone dos tipos de estrategias interpretativas: la de la exégesis patrística y la de la filología. Explica la forma «finalista» y un tanto sesgada como se hacía la interpretación de los textos bíblicos, pues se debía sobreponer únicamente la fe, en contraste con la interpretación filológica en cabeza de Spinoza, quien abogó por la separación entre la fe y la razón. Aquí observo que nada tienen que ver estos dos planteamientos con lo propuesto en *Palabra respirada*, en cuya esencia se fusionan las condiciones puramente humanas: lo imaginario que incluye, implícitamente, las creencias y lo mítico, y el *logos*, que tiene que ver con el pensamiento, la mente y la razón.

En conclusión, *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*, de Antonio Domínguez, es una obra que despliega un contenido profundo sobre los fundamentos gnoseológicos, hermenéuticos, poéticos y lingüísticos del proceso lector. Si bien sus planteamientos están apoyados en los de los grandes estudiosos de la filosofía, de la hermenéutica, de la lingüística, de la semiótica, de la literatura y de las ciencias «exactas», su propuesta es muy novedosa por el enfoque y la fundamentación teórica de la lectura que expone de manera exhaustiva. Esta obra es un aporte valioso para los docentes del área de Lingüística y de Literatura, dado que abre los ojos frente a las concepciones tradicionales del lenguaje y sus niveles, y traza un horizonte diferente para repensar el proceso de lectura y, por ende, de escritura; tareas que abordamos diariamente en nuestro quehacer pedagógico y profesional.

Cabe acotar que la lectura de este texto no es fácil, por cuanto está escrito con un lenguaje puramente científico, su lectura le exige al lector múltiples saberes previos, y si no cuenta con ellos, debe buscarlos e

interiorizarlos para lograr la comprensión, apropiación e interpretación, dado que la obra está concebida para hacerlo pensar, para inmiscuirlo en su urdimbre y lograr que salga de allí transformado, con una visión distinta del lenguaje y de los procesos implicados, específicamente, la lectura, como interpretación, y la escritura. *Palabra respirada: hermenéutica de lectura* deja los siguientes planteamientos para la reflexión: el origen poético del lenguaje, su condición trópica –su fondo metonímico–; la concepción de poesía como algo también científico (según Fenollosa (2001): «el método de la ciencia es el método de la poesía»); la relación del proceso propio del acto de leer con el de la ciencia; la comprensión implica un *volteo de palabras* que dicen unas de otras y despliegan la constitución tradicional de la oración hacia el *a priori metonímico y correlativo* del lenguaje; *el factor lect* del entendimiento (su forma verbal) que es además el fundamento de la ciencia; *el más allá, la grieta, el agujero, el exceso*; y la relación de la respiración y del cuerpo con todos los procesos del lenguaje.

Son muchos los estudiosos que a lo largo de la historia han disertado sobre el Conocimiento, la Ciencia, la Física, la Filosofía, el Lenguaje, la Lingüística, la Ontología, la Antropología, la Hermenéutica, la Semiótica y la Literatura; Antonio Domínguez retoma sendos planteamientos muy valiosos y pertinentes de algunos de esos pensadores –tradicionales, modernos y contemporáneos–, para conjuntarlos, mirar y analizar su injerencia y relación con la lectura, donde converge –y esto es lo distinto y novedoso– esa variedad de disciplinas y ciencias ya citadas.

GLORIA SMITH AVENDAÑO DE BARÓN

FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, Inés, *La lengua de Castilla y la formación del español*, Madrid, RAE, 2011.

Estamos ante el discurso leído por la autora en su recepción pública en la Real Academia Española; se trata de una monografía muy brillante y sólidamente erudita, de las que hacen época, inserta además en la mejor tradición de la filología española, la de su maestro el profesor de relieve Diego Catalán. No siempre –aunque la verdad es que en ocasiones sí– se encuentran hoy estudios sobre la lengua patrimonial de este cuidado artesano y de tanta lucidez interpretativa.

El presente estudio matiza mucho la idea de Menéndez Pidal acerca de la difusión peninsular del castellano desde la Edad Media, y en este sentido argumenta que según la percepción del maestro, el castellano “es la primera lengua con una literatura propia y además, con una literatura que nace del pueblo, propiedad de todos y de nadie: la poesía épica”. Efectivamente así ocurre: alguna vez hemos dicho ya que Pidal –en la estela de la Institución Libre de Enseñanza– avalora lo intrahistórico, *lo hecho por todos*, y así estima menos la clerecía que la juglaría, y ve en los juglares unos agentes también de propagación y estandarización idiomática.

Recuerda nuestra autora la imagen hecha suya por el mismo don Ramón de la difusión en forma de “cuña” del hablar castellano, y del mar del Norte al mar de Cádiz; en realidad la imagen que parece más adecuada es la de una cuña invertida o un abanico abierto, y justamente este trabajo trata de probar cómo esa difusión no se hizo siempre así: no todo lo idiomáticamente español posee origen castellano; decimos que la imagen de la “cuña castellana” la hizo suya Menéndez Pidal, porque la hemos podido encontrar antes en Unamuno.